

## El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO.

### I

YO, EL ALCALDE—Por *Eduardo Caballero Calderón*—Talleres Italgraf S. A.—Bogotá, Colombia.

Eduardo Caballero Calderón es uno de los escritores colombianos que han adquirido nombre en el habla castellana, además de la traducción de algunas de sus novelas a otros idiomas. Toda una vida dedicada a investigar el mundo colombiano con sus pequeños dramas, sus dolores lastrados, su irredención que no encuentra nunca caminos de evasión. Caballero Calderón es dueño de una prosa rica en esencias, nutritiva, que enseña y educa. Sus mismas novelas traen un mensaje generalmente amargo, porque solamente los escritores comprometidos con su tiempo histórico son capaces de ofrecernos una realidad tangible, pero sobre la cual resbala la mirada de los indiferentes y aún de los mismos gobiernos.

Conocedor como ninguno otro escritor, acaso si descontamos a Armando Solano, el autor del estupendo friso "*La Melancolía de la Raza Indígena*", de la tierra boyacense, a ella ha vuelto sus ojos y, en páginas magistrales, nos describe el dolor, la miseria, la frustración de muchas generaciones boyacenses para las cuales la libertad no significó sino el paso de una servidumbre a otra, de un latifundio a otro, de un amargo sojuzgamiento al que enarbolaron caciques políticos con sus truhanerías y marrullas. El boyacense es melancólico, triste, abstraído. Rumia su congoja y no se entrega a ese frenesí de los pueblos nacidos cerca al mar o a los grandes ríos que incitan a la aventura y al frenesí de la danza.

“Yo, el Alcalde”, constituye la experiencia del escritor cuando fue Alcalde de una población de su Departamento y quiso hacer de la pequeña aldea que pugnaba por ser un verdadero municipio, algo digno, con servicios de agua y de electricidad aceptables, con vecindario alegre, *exuberante* en quehaceres con la riqueza de una tierra pródiga y pródiga. El Alcalde-Escritor tuvo que convencerse que el naciente Municipio de Tipacoque correría la misma suerte de la mayoría de los municipios del oriente colombiano. Pueblos olvidados de la mano de Dios. Comunicaciones lentas. Papeleo igual al de los tiempos congelados de la Colonia, tedio, ocio, mula muerta tirada en la mitad de la vía. Y el maldito centralismo que no resuelve nada nunca. Todo problema por insignificante que sea tiene que ir a la capital del departamento o a la capital de la República. En cualquier sitio cae en manos de un burócrata remolón que lo arroja en el cajón de un escritorio, allí donde están las urgencias de los pobres pueblos, que se resuelven solas, como decía un presidente de la República que enseñaba Derecho Constitucional, mientras “descabezaba” un sueño.

Todas las dolamas de Boyacá las narra con pluma maestra Caballero Calderón. El ir y venir de los caciques ajenos a todo trato o contrato con las letras. Fraudes, mentiras, picardías, tonsurados de misa y olla, planos terrosos de la estepa y el cielo bruñido. Armonías inmateriales. Paisajes virgilianos, pero el progreso que nunca llega por esos pueblecitos arrodillados a la hora del Angelus como en el cuadro de Millet. En verdad toda la radiografía de un departamento, pero que no solamente comprende la comarca boyacense, sino gran parte de Colombia, consagrada al Corazón de Jesús. Es preciso leer este libro de Caballero Calderón para comprender el drama del éxodo y toda esta miseria moral que se vive en las grandes urbes a donde llega diariamente la población campesina en busca de El Dorado, que se convierte en la más horrible realidad.

## II

### ALFONSO DUQUE MAYA, SU OBRA INTELECTUAL, SU CULTO POR BARBA JACOB.

Caldas es un departamento en el que el hacer del alma es un vasto estuario de enriquecimiento intelectual. Desde los más remotos tiempos, hasta esta hora de la ruina para las condiciones morales de la cultura.

Alfonso Duque Maya, quien, en sus mocedades brilló con luz propia en las justas democráticas, al lado de varones de la talla de Aquilino Villegas, Gutiérrez Vélez, Galarsa Ossa, Bernardo Arias Trujillo, jamás ha tenido esas veleidades que no abarcan la plenitud de una política del espíritu y juegan a ese ilusionismo que carece de extensión y profundidad en el ánimo, y que es lo contrario de la ortodoxia con todos sus parámetros.

Escritor hasta los huesos como nos consta en largos coloquios, a los 19 años, escribió un ensayo sobre don Marco Fidel Suárez, publicado en la revista "Universidad" que orientaba Germán Arciniegas y que fue traducido con elogios en dos Suplementos Literarios de París. Ahora va a editar un libro que descubre el velo tupido sobre el verdadero origen étnico del pueblo antioqueño. Allí demuestra que los antioqueños, voluntariosos, creadores, ricos en saladares de malicia, con el alma en vilo muchas veces, descienden de la raza vasca y no tienen sangre judía, de conversos o nó. Es una de las más importantes aportaciones para esclarecer el origen de ese pueblo admirable. Duque Maya siempre ha tomado la vida como un lúcido quehacer, ya que sabe que nuestro presente es nuestro pasado y también el porvenir intransferible.

Una de sus grandes admiraciones intelectuales ha sido Porfirio Barba Jacob. Ha recorrido, paso a paso, todo su itinerario vital. Ese poeta como un abismo volcánico, en quien hallamos siempre algo que se sale de los cauces del romanticismo llorón de todos los tiempos. Barba Jacob tiene sus estados de gracia y esas donaciones que son sangre convertida en frutos que en las manos toman el peso específico de la primera manzana del paraíso o de la primera lágrima que asoma a las pupilas de un niño. Duque Maya lo ha seguido y nos ha entregado una antología de su poesía desesperante perfecta. Porque cada uno de los conceptos de presentación de ese mundo poético, reviste todas las características de un conflicto vital. Después de esta antología, que se está reeditando en estos días, nada nuevo se puede agregar a La Canción de la Vida Profunda, ese poema universal, que precisamente el poeta le dedicara a Duque Maya. En labor tan difícil, Duque Maya ha estado asistido por otro gran buceador del lirismo porfiriano, el doctor Eutimio Prada Fonseca, amante de todas las cosas bellas, como suelen serlo los santandereanos de estirpe.

Duque Maya no huye frente al universo inmediato, nó se recoge en el ensimismamiento. Discute, querella y su voz a veces iracunda, nos recuerda el accionar de Barba Jacob, quien, presintió este tiempo sin color y sin forma, en el cual los negociantes, los filisteos de la cultura, los llamados estadistas o economistas, no apuran el vino capitoso de un verso de Barba Jacob, porque hace mucho tiempo su alma es un erial y solamente entienden de cifras y de balances.

Duque Maya, maestro, amigo de una vida, polemista terrible, es un valor auténtico de Colombia y una de las culturas mejor formadas de su tiempo histórico en una Colombia de hombres de paja y genios de papel periódico.

### III

VIAJE POR COLOMBIA—1825 y 1826—Por  
*Carl August Gosselman*—Publicaciones del Banco  
de la República—Archivo de la Economía Nacional—Impreso en P. E. Winge—MDCCCXXVII.

Deliciosa y entretenida la lectura de este libro. Su autor se deja leer sin que el lector encuentre complicaciones, ni sesudas deducciones, ni tonos doctorales. Es un hermoso relato de una claridad de agua serenada en alcarraza. Va dejando correr la pluma y es un observador muy atento de lo que ve en torno suyo. No se enfrasca en meditaciones, en claves literarias a las que son tan propicios algunos historiadores. Además, este libro no es una historia, ni tampoco un cuadro costumbrista. Simplemente va relatando hechos, anécdotas, peripecias. Pequeños murales que vamos descubriendo sin esfuerzo intelectual alguno.

Y, además, un libro útil e instructivo. Ojalá las actuales generaciones lo leyeran con la encantada dicha con la cual lo vamos saboreando. Páginas y páginas de fresca lectura. El recuerdo de aquellas ciudades colombianas que aún dormían la siesta después de la Independencia. Y el autor sabe describir y sus cuadros más parecen retratos que páginas escritas para describir lo que vieron sus ojos asombrados. Desfilan Cartagena, Santa Marta, Medellín, Santa Fe de Bogotá, con sus pecu-

liares encantos, sus formas de vida, su fondo de placidez que no era turbado por el trepidar de estos tiempos del industrialismo que, pretendiendo hacer la felicidad humana, ha despedazado hasta nuestro mundo interior.

Este libro debe conservarse como un valioso testimonio en todas las bibliotecas de la gente culta. Precisamente porque con él se demuestra cómo fue nuestro pasado y a donde hemos llegado en el afán fenicio de echar por tierra todo lo que tenga algún signo de tradición: Iglesias, monumentos, casas de hidalgos, callejas empinadas, ventanas arrodilladas, monumentos hermosos, todo lo que en estas ciudades ha caído bajo la piqueta de los nuevos bárbaros.

Quien toma entre sus manos este "*Viaje por Colombia*", no lo suelta hasta que haya terminado su lectura. Tan grato es para olvidar las angustias y los dramas que nos circundan. Y limpio de todo fárrago y pedante erudición. El Banco de la República ha hecho bien en darle a los colombianos amantes de la buena lectura este regalo espiritual. Un libro joya. Un testimonio de un mundo que no volverá nunca. De ahí nace la melancolía que nos produce al terminar su lectura. En verdad como hemos perdido lo mejor de nosotros mismos!, hemos ganado en prisa, en argucias, en falsos brillos, lo que hemos perdido en la más egregia calidad. La lectura de esta obra lo comprueba abundantemente.

#### IV

##### TEMA DE REFLEXION.

##### EL ESCRITOR Y SU COMPROMISO.

—¿Resulta estéril la obra del escritor cuando no está comprometido con los poderes del dinero o con ideologías esclavizantes? He aquí una pregunta inquietante. Pero que resulta veraz desde el momento mismo en que su compromiso está únicamente subordinado a los dictados de la conciencia. Que le permite escoger libremente sus temas, sin necesidad de estar atado al botalón de los prejuicios o de los precarios intereses políticos.

Porque la Política, con mayúscula, es el arte sutil de manejar a los pueblos, de crearles una mística por un ideal, en este tortuoso camino que tenemos que recorrer en todo tiempo

difícil, cuando vemos, cómo se transmutan los valores auténticos y solamente prima el interés de los poderosos o la concupiscencia del dinero.

El auténtico escritor se debe mantener en una línea en la cual, él, solitario viajero, se alimenta de esperanzas y de decepciones. Pero está en la obligación de ser fiel a sí mismo y a su destino capital que reside en el valor de descubrir las raíces trágicas de este vivir que se adentra en una forma de crisis de los valores que le fueron legados por otras generaciones, hoy convertidas en ceniza.

No obstante la terrible anarquía de los nuevos tiempos, cuando se presentan síntomas de discordia, de disolución, de feroz egoísmo, el escritor tiene que fijarse una ruta, un lúcido camino, con terca voluntad de superación. Ya no se puede ser un simple espectador, un cronista de lo que sucede en torno suyo. Se le exige que intervenga en el juicio, que pase de espectador a actor. Y si no lo hace, sus ideas, carecerán de influencia sobre sus conciudadanos. Será el suyo un invierno ideológico, pero nunca una floración de primavera.

Bien sabemos que Colombia se debate entre la unidad jerárquica y el caos a que la invitan grupos influidos por doctrinas extranacionales. Y existe un caldo de cultivo propicio. Y la consigna reside en todos contra todos. Y el escritor tiene que darse por entero en afirmaciones trascendentes no circunscritas a nombres efímeros. El deber del verdadero escritor es el de comprometerse con la patria, la madre y genitora de su quehacer intelectual. Y servirla y no servirse de ella, para el vil enriquecimiento sin causa. Este es un compromiso con su propia inteligencia, con su voluntad, con su carácter, y aun con su sensibilidad.

Su pluma tiene que ser un escalpelo. Porque los tumores están ahí, deformando el cuerpo hermoso y sagrado de la República. Falsía, sensualidad desenfrenada del poder, gula, avaricia, los siete pecados capitales estimados por algunos como su meta.

Esta agonía del universo social afecta al verdadero escritor que no puede vivir de jactancia, sino que debe sembrar como el buen labrador el grano nutritivo de la verdad.

EL MUNDO ES UNA CALLE LARGA—Por  
*Matilde Espinosa de Pérez*—Ediciones Tercer  
 Mundo—Bogotá, Colombia.

¡Qué estremecedor este poemario de Matilde Espinosa de Pérez! ¡Cómo cae la lluvia, la gota de dolor que rueda por el alma, la voz trizada de un niño en Primavera, la alegría y la miseria de vivir, el pan duro y enjuto para las encías muertas, el mundo buscando con desesperado afán un retazo de ilusión para sobrevivir. Amargura y luces falsas que, no obstante, tratan de alegrar la vida de poetas, de músicos, de desarraigados, de mujeres sin anillo de compromiso en el dedo largo que no conoció la ternura del brillo que allí cuajó el amor.

Los sedientos, los que tienen hambre y sed de vivir, aún entre sus harapos, todos están convocados en esta poesía desgarradora, que nos reconforta en esta hora de tinieblas. El amor que espera siempre, aunque nunca llegue la hora de las nupcias felices. El hombre “corto de años y largo de sufrimientos” como dice El Eclesiastés, roído por la pena y con su atroz cruz auestas. Mendigos que buscan un pan olvidado o un trozo de cigarrillo como en el humor amargo de Charlot. En verdad, la poesía de esta mujer admirable es un canto a los desesperanzados del mundo, a quienes, el mundo hostil les negó la gracia de una sonrisa o el pan caliente que sale de la boca llameante del horno.

Matilde nos va internando por esos páramos desolados, cuando sabemos que no tenemos más cuota que ofrecer que la de la propia muerte. Cuota bien exigua es cierto pero definitiva. El ladrón furtivo, la pobre muchacha que ofrece su cuerpo como una seda estropeada por los camelleros. ¡Qué profundidad y que testimonio el de esta poesía toda resplandor! Y que, en horas de infortunio, aquellas en que damos la medida de nosotros mismos, es como un vaso de claridades y como las nubes errantes que dijera el Maestro Rafael Maya, al hacer referencia a la poesía de esta gran mujer, hermana en la ternura y en las lágrimas de Dolly Mejía, de Meira del Mar y de otras voces líricas puras.

## VI

### EL LECTOR BOYACENSE—Por *Vicente Landínez Castro*—Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia—Tunja, Boyacá.

En dos tomos cuidadosamente seleccionados, el infatigable escritor y divulgador de la cultura del departamento de Boyacá, Vicente Landínez Castro ha recogido no solo el pensamiento sociológico, económico, educativo de su departamento, sino también la poesía que tiene en Boyacá cultores de fama nacional e internacional. Son muy importantes las notas bibliográficas que ha agregado el autor de esta hermosa recopilación. La obra ha sido ilustrada por el gran pintor colombiano Sergio Trujillo Magnenat.

Pero no solamente el material literario, sino las magníficas ilustraciones que decoran muchos de los textos le prestán singular atractivo a esta obra. Que no fue seleccionada con criterio exclusivista, como sucede tan a menudo, sino que en ella se dio cabida a todas las expresiones intelectuales de un departamento que, desde los tiempos de la monja Josefa de Castillo y el frayle Juan de Castellanos, ha demostrado efervorísimamente su amor por las bellas letras, una de las mayores significaciones de la cultura universal.

De Boyacá escribe magistralmente Eduardo Torres Quintero: "Boyacá glorioso, Boyacá entraña de la Patria; Boyacá sumiso y arisco; Boyacá hecho de pretérito y de futuro; oye la oración que te dirigimos y que afianza en nuestros pechos la fe que abrigamos en tí".

"Porque fuiste adalid de la Epopeya, fortifica en tus hijos la decisión y el valor, sustenta nuestros ánimos y dános aliento para superar el pasado. Porque eres rico y generoso, haz que seamos muníficos y dadivosos y tengamos el orgullo de crear y de fundar; de abrir para Colombia campos de prosperidad, bienandanza y holgura y de conquistar y asegurar para las generaciones venturas el pan del cuerpo y el vino del espíritu".

Y esta invocación sí que corresponde a ese departamento que hemos recorrido con emoción ética y estética. Porque en cada sitio, en el pueblo más humilde, encontramos la patria como una dimensión del espíritu, una forma de inspiración, un nuevo sentido heroico de lo que es Colombia.